

Caviar en vías de extinción

Dmitri Pushkar

En el Mar de Azov pronto se escuchará esta sola frase: “Ya no hay más”.

Aunque todavía se puede hacer algo para salvar a sus esturiones. ¿Pero qué? ¿Recurriendo al método iraní que consiste en disparar a los cazadores furtivos desde helicópteros? ¿Tendría sentido hacer lo mismo en Rusia?

En el Mar de Azov viven dos especies de esturiones: los del Don y los del Kubán. Los primeros pertenecen a Ucrania, aunque el nuestro, el de Azov, hiberna en las aguas de la república vecina. Pero los lugareños lo están pescando de una manera salvaje, con redes de arrastre que no sólo acaban con el pescado, sino también con la vegetación del fondo, de modo que si algún pecesito listo logra escapar, se verá, de todos modos, sin nada qué comer. Además, los ejemplares que se salvan terminan cayendo en las redes de los pescadores rusos.

EL MÉTODO

Por lo pronto, nuestros pescadores furtivos gozan de la protección de la ley. ¿Qué posibilidades reales tiene Nicolai Ivanovich Manger, inspector fluvial de la región de Temriok, en la provincia de Krasnodar, de capturar una lancha que cuando escucha su grito de advertencia sale disparada, propulsada por su potente motor de trescientos caballos de fuerza? Ninguna. No lo logra porque el motor de su lancha es mucho más débil, pero también porque tiene prohibido dispararles. El año pasado le echaron el guante al jefe de una brigada pesquera:

Traducción de José Manuel Prieto.

había capturado un alevín, un esturioncito de cuatro kilos de peso, de un brazo de largo. Hace diez años sus propias gentes lo hubieran condenado por actuar contra la naturaleza de manera tan estúpida. Porque la naturaleza es así: mientras más le arrebatas hoy, menos dejarás para tus hijos. Y termina por suceder esto: hace tres años jamás se sentaban a la mesa sin caviar negro, pero hoy, da vergüenza decirlo, a este corresponsal sólo pudieron agasajarlo con sopa de lucio.

Este corresponsal les dirá aún más. Ponerle a una lanchita de aluminio un motor de trescientos caballos que cuesta dos mil dólares es una tontería y un despilfarro: jamás podrás acelerar a fondo porque la lancha, de tan ligera, saltaría del agua y saldría volando sin control. Pero en ciertas circunstancias tiene sus beneficios. Porque si cubres con un forro estos motores, un pescador furtivo puede pasar en la oscuridad de la noche a cinco metros de distancia de un inspector sin que éste lo oiga.

LA NATURALEZA

Hay una anécdota: Un vecino pobre le pregunta a un nuevo ruso, alguien pésimo en matemáticas: “¿Cómo lograste juntar tanto dinero?”. El nuevo ruso responde: “Pues compro cigarrillos en Europa a un dólar y los vendo a dos dólares aquí. De ese uno por ciento es que vivo”. De ese mismo “uno por ciento” viven muchas personas en el Mar de Azov...

De los muchos tipos de esturiones que hay, todos viven en el hemisferio norte. Son animales fósiles, de espinazo blando, muy raros. El caviar negro sólo es extraído aquí, en el mar Adriático, en el Caspio y en el Amur. En el Volga, en el Caspio y en el Azov viven los esturiones, los *beluga*, los *sebruga* (otro tipo de esturión) y los *acipenser*. En el Amur, los *kalugas*. Los *belugas* y los *kalugas* llegan a alcanzar... Aunque es poco decir “llegan a alcanzar...”. El pez espada de *El viejo y el mar* de Ernest Hemingway es una menudencia comparado con ellos. Cuando una brigada captura un esturión y no lo reporta, a cada miembro de la brigada le toca una cubeta de caviar (y una brigada puede estar compuesta por ocho a quince personas). En Moscú, cien gramos de caviar al por mayor cuestan 5 000 rublos. En Temriuk es lo que cuesta un kilogramo. Saquen ustedes la cuenta si alcanza o no este “uno por ciento” para comprarse un motor de

trescientos caballos... Aunque en los aeropuertos hay mucha vigilancia (pero tampoco gran cosa, doy fe de ello).

A diferencia de los salmones, los esturiones ponen sus huevas más de una vez a lo largo de su vida. Por eso no me dan tanta lástima los salmones: una vez que han remontado la corriente, ponen sus huevas y quedan flotando panza arriba. Mientras que los esturiones ponen una y otra vez.

Y además aparecen híbridos dentro de los esturiones. Como el *bester*, fruto de la unión entre el *beluga* y el *aspencer* (un *aspencer* adulto tiene el largo de un brazo, el *beluga* alcanza los cuatro metros). Los *bester* maduran rápidamente. Y a diferencia de los híbridos de sangre caliente, el *bester* tiene descendencia. Svetlana Mijeeva, directora de la granja de esturiones, me cuenta cómo cuatro toneladas de *bester*, ya listas para poner sus huevas, murieron porque les desconectaron la energía eléctrica (esto ocurrió todavía en tiempos del poder soviético) y los peces murieron por sobrecalentamiento.

RESUMIENDO

Pero tampoco en las granjas los esturiones viven a sus anchas: ya casi no se cultivan. Los estanques de adaptación permanecen vacíos. Antes soltaban a los alevines en tres estuarios: Beisuki, Kurchansk y Ajtanisovsk. Hoy sólo lo hacen en Kurchansk, aunque sin mucho resultado.

—¿Y cuáles siguen siendo considerados de poco valor?

—Ya sólo las carpas —responde Svetlana Mijeeva.

Esa misma madrugada, sin dar aviso a los puestos de vigilancia y sin acordar el viaje con policía, navegamos hasta la “garganta” donde comienzan los estuarios del Azov. Con frecuencia se oyen disparos a estas horas.

—¿Y saldremos al mar? —pregunto.

—Podríamos, pero está soplando mucho fresco. Nosotros salimos con lluvia o con nieve, pero los pescadores furtivos no —me dice Mijeeva—. Hoy no saldremos.

Mijeeva no es de aquí sino de Bielorrusia, su padre trabajaba con el famoso líder del partido, Masharov, muerto en extrañas circunstancias. Al principio le sonaban un poco raras las palabras en ucraniano, pero luego se acostumbró. Cuan-

do se mudó de Bielorrusia, su padre se colocó de inspector fluvial, para después morir en un accidente de carretera, también en circunstancias muy extrañas.

EN LA JUNTA

En su vida pasada Svetlana Mijeeva llegó a ser directora de una fábrica, ahora es subjefa de la administración de la región de Temriuk, de la provincia de Krasnodar. Su superior es un experto en vinos, y ella, que se ha especializado en la producción de caviar, atiende los problemas relacionados con la ecología y el turismo. La vigilancia del río entra también dentro de sus obligaciones. Por eso leyó un informe en la junta de la región con los representantes de los ministerios de “fuerza” (policía, ejército, ministerio del interior), cuyo tema era la vigilancia y conservación de los recursos biológicos. En la junta estaban presentes funcionarios del Buró Federal de Seguridad, los guardafronteras, la policía normal, la fluvial, la de impuestos, etcétera.

El primer tema planteado fue la necesidad de trasladar el puesto de la policía. “No lo trasladaremos”, dijo en voz baja Alexander Zimin, jefe del departamento regional. “Estoy harto de jugar a eso: en el puesto cuelga la lista de los coches que no deben ser registrados”. En un solo día llegan de 89 a 95 coches. “La mitad de ellos no son revisados –informa Svetlana Georguievna–, los de la granja de esturión y los de la policía”. Luego les informó por qué se puso de pie el jefe de la policía. “Se hizo siguiendo una orden mía”.

La junta está dividida en dos partes: una abierta y otra cerrada, confidencial.

Pronto a este corresponsal se le pide que salga.

Es un sistema, un *modus operandi*, que maduró hace mucho. Se llegó a un acuerdo entre los jefes: no se perseguirían unos a otros. Y se atuvieron a él. Pero pronto comprendieron que no había a quién atrapar. Se llevaron a cabo conversaciones, encuentros secretos, hubo disparos... Ahora funciona un nuevo acuerdo. A este corresponsal le explicaron en qué consistía, pero le pidieron no hacerlo público. Algo muy extraño...

“Y hagamos que todos los jefes, al llegar al puesto, muestren de manera voluntaria el contenido de sus cajuelas –propuso Svetlana Georguievna–, y que a todos los apunten, sean jefes o no, a todos”.

UN RAID

La garganta de madrugada. Aquí es donde los pescadores furtivos disparan a los inspectores. O bien los ahogan sin hacer ruido. Dieron con el pequeño cobertizo de unos pescadores furtivos. No había pescado de mucha calidad, sólo lucios, pero de todos modos. Y entonces se le agotó la paciencia a Sacha, un jefe de brigada. “Abre el cobertizo”. “No hay nada en él”. “Ábrelo, te digo”. “Pero si te digo que no hay nada”. “Confiesa que tienes pescado”. Esos “no hay nada” los conoce bien Svetlana Georguievna. Ha capturado a sus trabajadores en cosas peores. Dice lo siguiente acerca de ella misma: “Nadie me puede atrapar con nada. Porque a los hombres o bien les gusta pescar, o bien cazar, o son mujeriegos. Con cualquiera de esos anzuelos se les puede atrapar. Pero a mí no”.

Mijeeva no soporta los cuentos de quienes roban díque por penuria. “Dicen que roban porque no tienen dinero. ¡Es falso!”. “Bueno, he pescado diez –confiesa el jefe de brigada– ¡Pero mi familia tiene que comer algo!” Había capturado diez lucios. Pero a veces Mijeeva encuentra cosas peores: una lancha sin dueño, las redes mojadas, trajes de buzo, y a treinta metros de ahí, en los arbustos, todo un cargamento de esturión. Pero ¿cómo demostrar de dónde proviene? Hay mil maneras de desdecirse incluso si te encuentran el pescado en la cajuela: “No es mío”. “Lo compré en el mercado”. “Me lo encontré en el camino”. No hay manera de demostrar lo contrario. El pescado va a dar al congelador de la granja y luego es vendido por casi nada, a veces a los mismos dueños de la lancha incautada.

EL “TECHO” O LA PROTECCIÓN

“No tengo ningún techo –dijo a este corresponsal Iván Vasileivich, oficial de los órganos que velan por el orden público–; para ser francos, mis subordinados siempre me traen algún trozo de pescado”.

No miente. Y lo que es más: ¡no tiene por qué! Pero los subordinados sí. Él, por ejemplo, no siempre entregará a un subordinado. Pero el subordinado, en cambio, sí puede delatarlo. Por eso, el año pasado fueron confiscadas 1.5 toneladas de pescado, contra 23 de este año (aunque no se trataba de esturión).

Y la tarea del oficial es mantener a sus subordinados en su lugar, darles a entender que él también puede entregarlos en caso necesario. Pero el jefe regional lo incita: “¿Podrán nuestros órganos de seguridad conservar los biorrecursos?”, pregunta durante la reunión. Luego, reclama: “Los campamentos de vacacionistas deben ser revisados. Y que no vuelva a suceder lo de la otra vez, cuando el director del campamento dijo que alguien había forzado un candado y se había llevado las lanchas, ¡y él sin saber nada! ¡Nada! ¡Pues si nada sabe debe dejar el trabajo!” Pero los pescadores furtivos no han disminuido. Y la pesca con fines científicos... El jefe regional no entiende ese argumento. La cuota para la ciencia son 23 toneladas... ¡Para cinco organizaciones! ¿Dónde está lo que han pescado? Está en el mercado, en Temriuk. Sobre los mostradores tan sólo hay lucios. Pero por el lugar deambulan personas de aspecto dudoso: “¿No desea caviarcito? Esturión...”

Casi siempre es esturión del Caspio. Mijeeva lo distingue fácilmente por la cabeza y por las aletas. Pero a veces es también del que ella cultiva en la granja. “Lo estamos secando poco a poco. Todavía queda para dos o tres años, pero luego ya no habrá más”, dice Svetlana Mijeeva.

Los verdaderos ladrones, sin embargo, son peores que los pescadores furtivos. Por la noche se acercan a las redes y sacan los pescados.

“¿Cuántos criminales han sido enjuiciados?”, pregunta Iván Vasileivich, el jefe regional. El último fue hace diez años, por 460 kilogramos de esturión y 25 de caviar. “A todos les dieron cinco años”, le informan. Y ahora está en proceso otro caso. Una pareja, padre e hijo, fueron atrapados. El hijo trajo un certificado de que cuando lo apresaron en realidad estaba peleando en Chechenia. Ahora sólo asiste al juicio como testigo.

“Pero antes –dice Svetlana Georguievna, la ex directora de la granja de esturiones–, se empalaba a gente así. Los de su propia brigada. El que robaba de la pesca común era empalado”.

“A mí que me dieran una moledora para torturarlos”, dice en voz baja y ensañadoramente el teniente coronel Zimin, el jefe de la policía. *¶*

Mar de Azov, *Moscú*
© *Novedades de Moscú*